

**BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO**

# EL GENIO DE LA GUERRA EN MEXICO



**MAUCCI HOS MEXICO**

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO  
Última série.—Época actual

---

# El Genio de la Guerra

## EN MÉXICO

POR

HERIBERTO FRIAS



MÉXICO

MAUCCI HERMANOS.—PRIMERA DEL RELOX, 1  
1901

---

**Propiedad exclusiva de los  
señores Maucel Hermanos.**

---



## **El Genio de la Guerra**

---

---

¡Oh, las guerras de la patria mexicana!

• • • • •  
¡Qué grande ha sido nuestra patria desde hace menos de un siglo, desafiando á las fuertes naciones extranjeras, en defensa del territorio de nuestros padres!

¡Cuántas invasiones y amenazas... y cuanta sangre! ¡Vais á saber el episodio más hermoso de aquella época de las imponderables guerras contra el Extranjero!

¿Qué episodio puede ser?

¡Volvemos á ver los combates aquellos en que el valor de los insurgentes hacia todo, hacia toda la victoria!

¡Cuanta gloria, cuanto heroismo se desprendió de las huestes que combatieron contra los enemigos de la causa santa!

¡La causa de la Independencia Nacional, siguió como siempre, sin ofuscarse, alta, brillante y digna!

¡Todo era enormes triunfos y grandezas sin par... todo era la gloria de los triunfos!...

¿Qué era lo que pasaba?

¿Quiénes eran los que vencían?

Vencían los caudillos que aún muertos como Hidalgo, y Morelos, Mina y Matamoros, continuaban desarrollando el empuje de su enérgico patriotismo, haciendo verter la sangre de todos los que servían á los tiranos!

. . . . .  
Primero Hidalgo, el noble anciano inicia como ya os he indicado la guerra contra los enemigos...

¡Fue él el primer caudillo!

¡Ah, Hidalgo!... ¡Ah! el venerable anciano cura de Dolores... ¿no es verdad que ninguno de los que tenemos el orgullo de ser mexicanos podríamos olvidar esa gloria?

¿No es verdad?..

Después... ¡ah! después... Mis buenos amiguitos deben lanzar al viento su voz argentina, pura y radiante, deben lanzar un eco solemne en el cual suene el himno grandiosísimo de la independencia nacional!...

. . . . .

\* \* \*

Amemos á los que nos dieron patria, jóvenes, ó niños amigos, amemos á los que con grandes entusiasmos nos hicieron lanzar hasta las bibliotecas donde se describen los episodios de aquella independencia nacional!

¡Iremos hasta las victorias antiguas en las que nuestros antiguos héroes hicieron proezas formidables!

¡Respeto!... ¡Veneración! Perenne y triste y

tierna, maravillosa ternura y admiración por los hombres que no hicieron nada!

—¿Qué no hicieron nada?

—¿Qué no hicieron nada?

— ¡Oh! ¡blasfemia! ¡Muerte á los blasfemos!

¿Quienes habían lanzado semejantes frases?...

¿Quién había sido el menguado que pudo tener semejante atrevimiento y delante de tantos y de tantos impios?...

¡Cómo! ¡Cómo!

¿Sería posible aquello?

.....

\*  
\* \*  
\*

¡En vano las tropas que mandaba el virrey seguían batallando contra de los insurgentes!

Amiguitos míos, no olvidéis nunca á aquellos buenos que tuvieron que combatir contra los inicuos enemigos ¡ah, sí! contra aquellos enemigos...

Hubo como durante toda la época de la in-

dependencia miles de encuentros y de bárbaras atrocidades...

Unos querían ser grandes personajes; otros lanzar sus gentes á conquistar campos y mujeres... y por fin de parte de los ansiosos negros mexicanos salían formidables rayos de furia, pidiendo, pidiendo venganza!...

• • • • •  
¡Venganza! ¡Venganza!

Gritaban así, gesticulando allá entre los negros infiernos de los barrancos... y allá, allá hacia el fondo de aquellas interioridades... oh! sí... muy dentro, allá iban á ir llegando, llegando, llegando, hasta que todos los pobres diablos convidados... ¡oh, sí!... oh, sí... hasta que pudiera suceder en casa de alta y noble concepción, vindicación íntima y buena!

• • • • •  
Hubo precisa necesidad para halagar á los otros...

¡No olvidemos, no olvidemos jamás, aquellas tristezas!



Veremos hasta cuando... ¡oh, sí! cuantas veces iríamos á contemplar muchas glorias.

¡Con qué entusiasmo alto y noble centenares de hombres altos y serenos hubieran de limitar todas aquellas maravillosas á millares...

¡Todo podría salvarse pronto!...

¡La salvación vendria pronto!

. . . . .

Vais á contemplar el culminante episodio en el que se habrán de ver maravillas y en el cual, después todo será admirable energía y lucha!

¡Todo será gloria y estupenda magnificencia!

. . . . .

¡Triunfo!... ¡Triunfo!... ¡Triunfo!

Así gritaban los más entusiasmados insurgentes recordando que debían dar vida á los héroes como Hidalgo, Morelos, Mina y Guerrero!...

¡Arriba!... ¡Arriba todos! Arriba los que quie-



ran combatir contra los españoles que son nuestros enemigos!...

Así gritaban los valientes y entre el fragor de combates que se libraban allí en el fondo de las selvas y en los barrancos y también en la punta de los cerros... por todas esas partes hubo un derramamiento de sangre... ¡Qué combates!... ¡Horror!...

¡Por todas partes los insurgentes mandados por los caudillos adalides se precipitaban contra las masas de españoles, trabándose desiguales combates!

¡Ay pero que diferencial!

¡Los pobres insurgentes, en escaso número, sostenían lides contra miles de hombres contrarios!

¡Oh, valientes patriotas mexicanos!..., ¡Oh! magníficos héroes que con heroísmo supremo combatisteis contra los ejércitos españoles! ¡Sed benditos!

¡Oh! no, ningún mexicano olvidará la memoria de esos triunfos, que hacen tanto renombre de lo que se llama entre los mismos hijos de la grande ciudad de México, del país de la Libertad!...

¡No lo olvideis nunca, buenos amiguitos!... Jamás debéis apartar de vuestra imaginación las figuras de los caudillos que tantas veces fueron heróicos y sublimes. ¡No!... ¡No!...

Amiguitos míos, recordad que siempre ama-

mos á los que hace muchos lustros supieron derribar tiranos!...

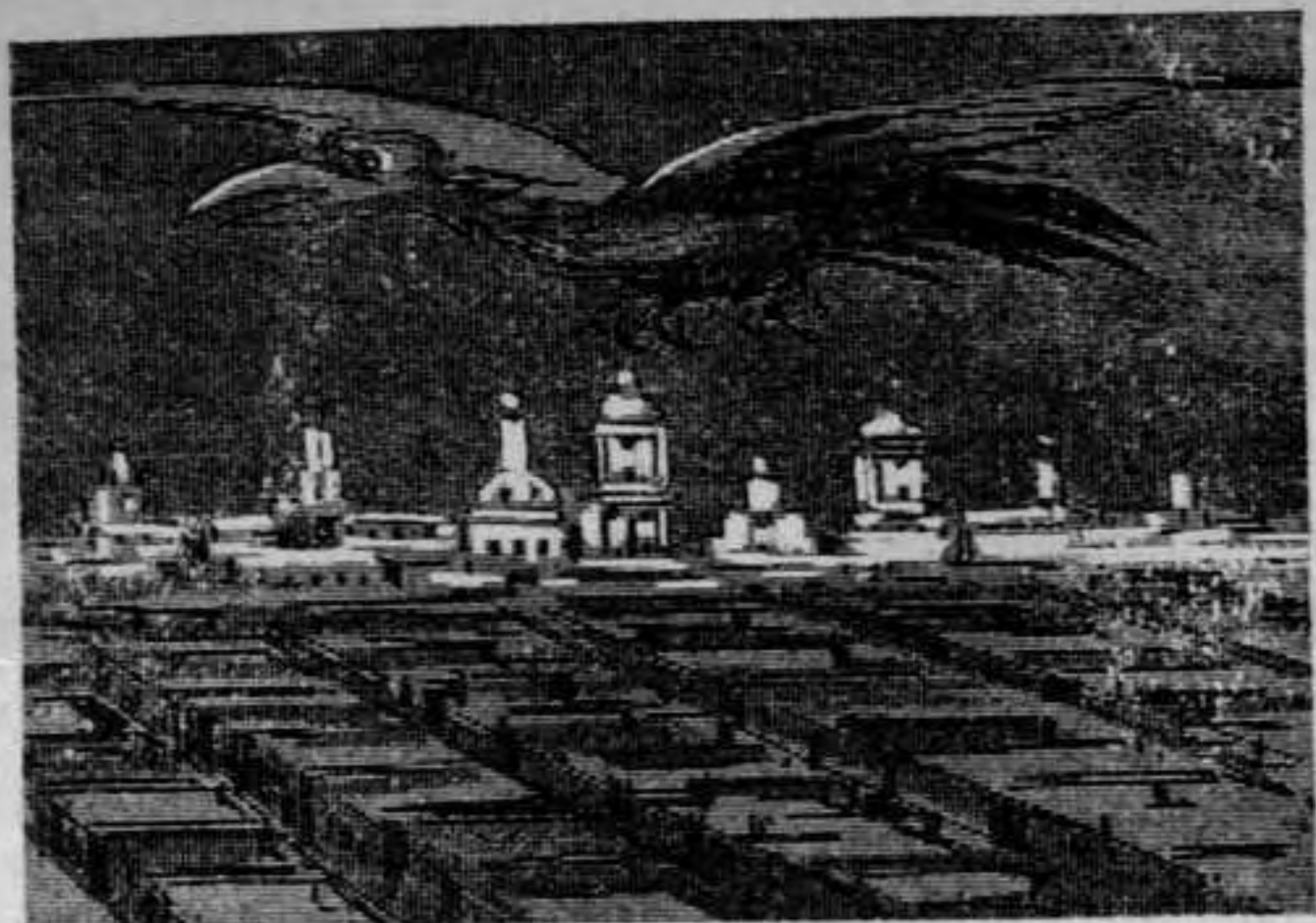
¡Qué espectáculo más grandioso en un pueblo que antiguamente estaba sugeto por cadenas á otro poder que venía de más lejos!

¡Pobre México!... ¡Pobre dominio de aquello que entonces se llamaba la «Nueva España!»

Entonces fué cuando se levantaron los que de veras amaban á nuestra querida patria... ¡Cuántos séres se alzaron diciendo en su corazón, poniendo toda su alma:

—¡*Amor á mi patria!*

Muchos fueron los que en su entusiasmo lanzaron en el mismo México aquellos gritos y cuentan las leyendas mexicanas que hubo, una noche un astro inmenso... ¡oh! sí... un enorme astro que allá entre las tinieblas, en los mares oscuros y siniestros que envolvían terriblemente la ciudad, capital de lo que entonces se llamaba «La Nueva España»... allá sobre la población á la que todavía no llegaban los ejércitos extranjeros... gran enterneci-



miento, sombra de una como ave fantástica...  
negra y espectros...

¡Y ya sabéis, amigos lectorcitos, que lo negro es la muerte!...

¡También debéis conocer que lo rojo significa sangre!

• • • • •  
—¡Sobre todas las tiranías y todas las opre-

siones surgían como mariposas de luz la idea de la independencia de los súbditos mexicanos á los que en un principio les domaron!

Tal fué el grito que hizo estremecer de ansia de amor á la libertad á un caudillo de la independencia!...

• • • • •  
¡Combatiremos hasta morir!—gritó un anciano sabiendo el sueño de tanta gloria.

—¡Lucharemos hasta ser cadáveres!—contestó aquel anciano, sacando el sable.

Mientras allá á lo lejos se oían ruidos de machetes y de carabinas; oyéndose voces y miles de acentos terribles...

¡Aquel grupo era el que iba á combatir contra los enemigos de la patria!...

¡Ya había muerto el padre de la Independencia don Miguel Hidalgo y Castilla; ya había desaparecido el magnífico don José María Morelos y tras este opulento guerrero vino el altísimo don Francisco Javier Mina, y aparecían entre llamaradas de volcán el formidable

Guerrero. ¡Guerrero el bueno y maravilloso caudillo del Sur!

¡Cuánta gloria!

¡Por todas partes el heroísmo de la causa de la *independencia* de la nación mexicana, hacía levantar hombres y armas con un arranque sobrehumano, con un ímpetu asombroso, con una locura que iba cundiendo, cundiendo como un fuego de aurora boreal!...

¡La luz se propagaba!

Aquella luz, mis buenos amiguitos, era la libertad... ¡aquella luz era la independencia!...

¡Oh! Ya visteis como murieron todos los héroes... Ya visteis como cayó el eterno Morelos, y como pasó para la eternidad de la Historia el caudillo don Javier Mina. Luego... llegaron Zaragoza, Juárez, Porfirio Díaz!... ¡Amadles!... ¡Respetad á esos héroes mexicanos que supieron morir con tanto esfuerzo por hacer de esta nuestra adorada patria mexicana, un campo de gloria, un templo de honor y apoteosis! ¡Por eso debéis amar el recuerdo de los que tantas veces combatieran contra tan tremen-

dos enemigos, logrando victorias magníficas!

¡Los héroes de la guerra contra la invasión francesa fueron muchos también y sus cadáveres ensangrentados dejaron su sello como un lucero de sangre convertido en apoteosis de luz!

Porque después llegaron los gloriosos generales de la Reforma; y se empezó á ver entre las sierras de las regiones mexicanas, la figura de dos grandes hombres que iban á hacer felices á México: ¡Benito Juárez y Porfirio Díaz!

---

¡Fué allá por el año de 1830, cuando nació el hombre que tenía que ser el caudillo de la Paz!

El pueblo; la nación mexicana iba á recibir muy pronto la corona de oro de los que salen victoriosos!

¡Ya sabéis, amiguitos, que la Patria siempre ha tenido por orgullo hacer recordar los nombres de sus más eminentes héroes!...

¡Recordad que tendremos por gloria los triunfos del grandioso caudillo de la Paz, del eminente sostenedor de las glorias y riquezas de la patria: ¡Porfirio Díaz!





Todas estas palabras fueron pronunciadas una tarde por un cariñoso anciano ante niños inocentes.

¡Frasas arrebatadas, delirantes, sin cohesión locas, pero repletas de vida, vosotros no las olvidaréis aún! ¡Un niño expresó incongruente-mente tantas ideas y tantas aberraciones, solo por hacer recordar la patria y sus hazañas y desdichas... ¡Recuerdo! ¡Recuerdo!